

14. LUZ DE VERDADES CATOLICAS.

respondió, porque he de predicar á mi pueblo, y enseñarle cómo ha de subir siguiendo á mi Señor al Cielo.—Pues será el sábado, le respondieron; disponte para ese día. En tal día como este predicó á su pueblo como pudiera un ángel para su muerte; despidióse con tiernísimas lágrimas de todos; cayó luego enfermo, y llegado el sábado, recibiendo los Santos Sacramentos con tiernísimas demostraciones, acabando de recibirlos en presencia de muchos que le asistian, se fué levantando con cama y todo, hasta el techo; volvió á bajar mansamente. Esto sucedió por tres veces, y vuelto á los presentes: Ya veis, les dijo, el camino por donde voy, imitadme si quereis seguirme, y con esto despidió su bendita alma. *Imitadme, si quereis seguirme*, nos dice á todos hoy nuestra Vida Cristo; y pues nos dejó en sus Santos Sacramentos todos los tesoros de su gracia, imitémosle con ella, para seguirle al triunfo de su Gloria. *Ad quam, et.*

PLATCA II.

DE LOS EFECTOS ADMIRABLES QUE HACEN EN EL ALMA LOS
SANTOS SACRAMENTOS.

A 22 de Mayo de 1692.

ENTRE dos declarados enemigos no ha podido jamás el mundo hacer las amistades. No hay, ni ha habido hombre que discurra medios para unir estos contrarios: no hay quien no estudie trazas para juntarlos: no hay quien no ponga cuantas diligencias alcanza, porque se den las manos; pero con todo eso, despues de tantos años, y aun siglos, en que cada uno, y todos juntos los hombres, con ingenios, trazas, ardides y artificios, han procurado siempre hacer estas amistades; ¿qué es lo que han conseguido? Ya lo dicen y lo confiesan desesperados, que honra y provecho no caben en un saco; ¿en un saco? Yo añadiera que ni en el mundo: esos son los dos enemigos, que por no querer unirse, son toda la afliccion y la fatiga de los humanos corazones. Deshace la honra bus-

cando estimaciones de fuera, lo que el provecho procura de conveniencias adentro: paga la honra con cuidados y fatigas, lo que quiere lograr el provecho con comodidades y descansos. Acaudala el provecho, la honra desperdicia; el provecho pone todo su cuidado en guardar y esconder; la honra, toda su costa en parecer y lucir. Por eso la honra rompe el saco que tenia muy cerrado el provecho; ea, que no caben juntos. ¡Oh, mundo! pues si tú no has sabido hacer que quepan en un saco, el hijo de Dios ha hecho que la honra y el provecho juntos quepan en un Sacramento y en cada uno de los Sacramentos. Aquí sí que á ningun costo se logra lo que vale mas que mil mundos; y á precio de ganar se sube mas allá de los Cielos. Pues esto sí que es provecho, porque es honra: esta sí que es honra, porque es provecho, que honra sin provecho es mentira; provecho sin honra es daño. Alto, pues, á buscar en los Sacramentos el provecho que es la mayor honra, y la honra que es el mas seguro provecho.

¿Qué cosa son los Sacramentos? nos pregunta ya el Catecismo, y responde: *Unos espirituales remedios que nos sanan y justifican.* ¿Uno y otro? Nos sanan y nos justifican: ¿Pues no basta librar-nos de las mas infames heridas de la culpa en que nacimos esclavos viles del demonio, sino justificándonos, darnos tambien la suprema honra de hijos de Dios? ¿Qué medicinas son estas tan prodigiosas, que recetan la salud y dán la honra?

De Trajano Emperador, por singular generosidad admiran las historias, que habiendo vencido en una batalla á Decebalo, Rey de Dinamarca, quedando muchos de sus soldados heridos, y no hallándose paños con qué curarlos, se quitó al

punto el imperial manto, fué desgarrando en tiras la púrpura, y envolviendo en esas vendas de sus soldados las heridas.

Del Magno Alexandro celebra la antigüedad, que herido en una pierna un soldado suyo, llamado Lisimaco, deseoso el gran Emperador de su salud, se quitó de las sienes la venda que le formaba corona, y con ella le ató la herida. Dime soldado, dime, le preguntara yo, ¿qué medicina es esta en que está la corona, ó qué corona en que está la medicina? ¿Qué es lo que aquí mas estimas, la salud que consigues ó la honra que ganas? ¿que ese remedio te cure la llaga, ó que esa venda te sublime á lo mas elevado de la honra? Muy mucho fuera solo procurarte el Rey la salud; ¿qué será que sirva para tu salud su corona? Quedas sano, eso bastaba para la dicha, y quedas mejor coronado; ¿hasta dónde alcanza la gloria? ¿Pero á quién digo esto, católicos? ¿A aquel bárbaro? No, que toda su honra fué viento, como toda aquella corona fué un juguete de la fortuna. Tú cristiano, que con llagas mortales, que con enfermedades horribles de la culpa llegas al Sacramento, donde no un Trajano ó un Alexandro, que ya están ardiendo en el infierno, sino el Supremo Rey de los Cielos, el Emperador de las eternidades, es el que de la Púrpura, no de su manto, sino de su propia Sangre, de la propia corona de sus méritos, te forma las vendas, te aplica los remedios para darte la salud, ¿qué salud es esta tan estimable? ¿qué honra es esta sobre toda estimacion suprema? ¡Oh, espirituales remedios, que así nos justifican! Solo sanarnos de enfermedades tan mortales como las culpas, no habia precio con qué estimarlo. Dígaló el mas poderoso, que ya en las gargantas de

la muerte con una enfermedad desesperada se halló; ¿cómo pagara verse libre?

De un pastor se refiere, que dormido en el campo se le entró por la boca una vívora; fué penetrando á las entrañas, despierta el miserable; ¿con qué ansias! ¿con qué congojas! Pensadlo allá. ¿Qué haria para verse libre? ¿Y qué harias, si en esto os vierais? ¿qué remedio? ¿qué costos? Todo vuestro caudal os pareceria nada, por echar tan infame y venenoso huésped. Pues aguardad: Un sabio médico entonces hace colgar á aquel por los piés; pone la boca inmediata á una vasija de leche; al olor de la leche la vívora al punto vuelve á salir, y déjalo libre. ¿Tanto veneno con tanta suavidad? ¿Con la leche se libra así de tan mortal ponzoña? ¡Admirable remedio! Sí; pero á mal infinitamente mas terrible, celebrad mejor remedio en los Divinos Sacramentos, en que la vívora mas venenosa del pecado sale del alma y nos deja libres, prevenida á la boca, no una vasija de leche, sino la misma Sangre derramada del Hijo de Dios. Así con tanta suavidad nos remedian los Sacramentos, así con tanta dulzura nos sanan

Pero, ¿de qué manera nos justifican? Prosigue el Catecismo: *Dándonos gracia interior por señales exteriores.* Este es todo el ser de los Sacramentos. Sacramentos, definen los Doctores: son unas señales visibles y exteriores de la invisible gracia que obran y causan en el alma. Así proporcionó el Señor sus beneficios, de modo que á nuestros ojos aquellas exteriores señales avisen lo que nuestra fé debe mirar en el alma en los interiores admirables, soberanos y divinos efectos. Vemos allá humo, y sin ver mas, decimos: Allí hay fuego; ¿por qué? Porque nos lo avisa aquella se-

ñal natural. Oímos la campana á tal hora, ó con tal toque, y al punto: tocan á misa. ¿Cómo lo sabes? Porque lo avisa aquella señal que para esto han instituido los hombres. Pues así Dios ha instituido estas señales mas soberanas que nos den á conocer este infinito beneficio de su gracia que nos dá en sus Sacramentos, en que juntándose las cosas con las palabras, que es lo que llaman los Teólogos, la materia y la forma, haciendo entera la significacion, nos representan en cada uno de los Sacramentos, con su proporcion parecida, la gracia que nos dá. En el Bautismo, el agua lava al cuerpo, esa es la materia; pero llegándose luego las palabras que hacen la forma, no pára ya en el cuerpo ese baño divino, sino que nos dice que deja pura y limpia de todas sus manchas al alma. Así en las penitencias, confesadas las culpas, que son la materia, llegándose la absolucion, que es la forma, nos representa y obra la interior dichosa libertad con que Dios nos dá por libres de las culpas, restituyéndonos á su amistad; y así en los demas Sacramentos. ¡Oh, señales dichosísimas, que no solo se ñalan, sino que obran lo mismo que señalan; que no solo significan, sino que hacen lo mismo que significan! Señalan la gracia, y la obran con tan infalible certidumbre, que si de nuestra parte no ponemos el estorvo á la gracia, jamas, jamas se nos deja de dár en los Sacramentos. ¡Oh, que es punto de fé este, escrupulosos! Es de fé que siempre, siempre dán la gracia cierta é infaliblemente los Sacramentos, si en el alma no hallan estorvo. ¿Y qué estorvo es el que lo impide? Direlo en otra plática despacio; mas lo que yo sé es, que no son estorvos siempre vuestros escrúpulos, para que por ellos os querais privar de tanta gracia.

Y ahora, mirad cómo no haria con infinitas ventajas la Omnipotencia, lo que en su modo ha podido conseguir la humana industria. ¿Qué es ver el artificio que en un relojillo de ruedas cifra los movimientos de los cielos? qué quieta, parece que no se mueve la manecilla. ¿Pues veisla, *Cum caelo immota movetur*. Esa, que por mas que le fijéis la vista, parece que no se menea, con todo el cielo vá apostando á correr, le vá alcanzando los pasos al mayor de los planetas. Llega en fin, y señala; ¿qué señala? Las doce. ¿Y qué suena allá dentro la campanilla? Las doce. ¿Hay tall Señala fuera lo que dá dentro; señala las doce, dá las doce; pues levantad la vista á la mejor muestra del Amor Divino en los Sacramentos. Aquí sí que mejor compendiamos los cielos, señalan lo que dán, y dán lo que señalan; de modo, que primero faltarán los cielos que esta muestra divina falte. Señalan en lo exterior que vemos la gracia, é infinitamente mas fijos que el reloj dán la gracia en el alma. Así la Beata María Ogniacense vió, al bautizar á un niño, apartarse de él al punto huyendo un ferosísimo demonio, y bajar á la criatura entre bellos resplandores el Espíritu Santo, rodeándole festivos los Angeles. Así, al estarse ordenando San Remigio, se vió bajar del cielo un rayo hermoso de luz, que asentado sobre su cabeza le dejó como un sol resplandeciente, hallándose tambien su cabeza unguida de un oleo soberano. ¿Mas para qué cito milagros á nuestra fé? Basta que Dios lo diga.

Mas todavía para enseñarnos mas, pregunta el Catecismo: *¿Cómo pueden darnos gracia las señales exteriores?* Un poco de agua, por mas palabras que se le junten, ¿cómo puede tener una virtud tan

prodigiosa, que alcance á limpiarnos de la culpa? Unas palabras, que no son mas que palabras, ¿cómo pueden bastar para darnos la gracia? ¿Sabeis cómo? Responde el Catecismo: *Por los méritos de Cristo nuestro Señor, aplicados en ellas*. De modo, que no es, claro está, por esas exteriores señales. No es por quien las recibe, sino porque á esas exteriores señales dejó nuesrra Vida Cristo vinculados todos sus méritos. Dejó ya hecha la paga, hecho el costo, dejó obrado el remedio solo conque se pongan esas señales. Eso es el dar los Sacramentos la gracia *ex opere operato*, que dicen los Teólogos: Que habiendo ya hecho el costo todo nuestra Vida Cristo, en virtud de aquellos méritos dejó en los Sacramentos la eficacia infalible para dar la gracia, si no hallan estorvo en el alma.

Venid, grita Isaias arrebatado á la vista de tan preciosos y tan soberanos Misterios, *Venite, emite absque argento, et absque ulla commutatione vinum, et lac*. Venid, comprad la leche y el vino sin dar dinero; ¿sin dinero, y comprar? ¿Cómo puede ser? que si es compra, ha de haber precio; ¿sará por cambio? Menos: *Et absque ulla commutatione*. ¿Pues cómo puede ser compra si no se ha de dar ningun precio? Porque ya está pagado.

Explícome como puedo en punto tan delgado con este ejemplo: Poned que en la carestía que padecemos, algun poderoso limosnero enviara veinte mil pesos á un panadero, diciéndole que ahí vá por delante la paga; y que á todos los pobres que llevarén cédula mia con tales palabras, les vaya dando tanto de pan. ¿Qué acción fuera tan prodigiosa! Ahora, pues, llega el pobre con su cédula, le entregan al punto el pan; y pregunto: ¿este pan se lo ha dado el panadero? No por cierto; lo compra.

¿Cómo lo compra si no dá nada? Es verdad; pero lleva la cédula. ¿Pues esa cédula puede valer lo que le dán? La cédula por sí sola no vale; pero la cédula con la paga hecha de antemano, lo vale. Ya está pagado dirá, y dirá bien; de modo, que ni la cédula sola valdria nada sin aquella paga hecha antecedente, ni aquella paga aprovecharía al pobre, si no trajera esta cédula. Al caso, al caso: Todas las exteriores señales de los Sacramentos, miradas solo en sí, nada pueden, nada hicieran, nada nos valieran si no fuera por aquella paga inmensa que de antemano hizo nuestro Redentor con sus méritos y con su Sangre, ligando estas señales á estos Sacramentos el logro dichosísimo de su gracia; pero juntas con aquella inmensa paga estas señales obran en el alma la gracia, la hacen Hija de Dios, Amiga de Dios y Heredera de Dios; Templo del Espíritu Santo, Habitación de toda la Santísima Trinidad, Mayorazgo de la gloria, Amor de todos los cielos, Regocijo de todos los Angeles, que todo, é infinito mas, se cifra en la gracia santificante que le dán; y ademas le agregan todo el tropel hermoso de dónes sobrenaturales y virtudes infusas.

Mas fuera de esta gracia, que es la que justifica al alma, que es el principal efecto de todos los Sacramentos, tienen tambien por efecto cada uno de los Sacramentos otra especial gracia, que es la que solemos llamar gracia del Sacramento. Soleis reparar lo que se quieren entre sí dos casados que bien abenidos están. Es la gracia del Sacramento decimos, y bien. Esa gracia, pues, son unos especiales auxilios que en cada Sacramento se le previenen al que los recibe para dárselos Dios, siempre que llegue la ocasion de haberlos menester. Al bautizado especiales auxilios, ó para que

consERVE, ó para que procure recobrar la mejor vida del alma, que en el Bausismo recibió. Al confirmado, especiales auxilios para que no se avergünce de las acciones de cristiano. Al que se confiesa, especiales auxilios para que no vuelva á la culpas; y así á los demas. ¡Oh, gracia de los Sacramentos, ¿cómo no te logramos? ¡Dios tan á manos llenas á repetirla, y nosotros tan á manos vacias á desperdiciarla? ¡Ah, católicos y qué cuenta!

Por último, tres de los Sacramentos tienen, fuera de la gracia, otro especialísimo efecto, que es imprimir en el alma una señal, una marca, un sello que no se borraré jamas del alma, mientras ella fuere, que será por la eternidad. Esa señal en el alma impresa es el carácter; y este imprimen solo los tres Sacramentos, el Bautismo, la Confirmacion y el Orden; por eso estos tres no se pueden repetir, y se reciben una sola vez; porque en esa sola nos dejan ya en el alma la señal. ¡Oh, Dios! que será la marca de nuestra mayor infamia en el infierno, ó será insignia resplandeciente de nuestra eterna honra en el cielo: *In bonis*, dice Santo Tomás, *ad eorum gloriam, et in malis ad eorum ignominiam. In his qui vicerunt ad gloriam, et in his qui sunt victi ad paenam.* (D. Tom. 3. p. q. 63. ad. 3.)

En la vida del prodigioso enemorado de Dios y de las almas, San Felipe Neri, se refiere, que visitándolo un mancebo de solo diez y seis años en trage secular, era esto antes que se publicaran los decretos del Santo Concilio de Trento, hablándole el santo viejo con la afabilidad que solia, volvió y le dijo: Dime la verdad, mancebo, ¿eres sacerdote? El turbado y corrido, le confesó que sí lo era; pero que andaba en aquel trage, porque se habia orde-

nado muy de mala gana, y casi forzado de sus padres que lo habían hecho ordenar porque gozara una renta muy copiosa. ¡Ah, padres que haceis ganancias de la Iglesia! Redújulo el santo; ¿pero cómo conoció, preguntarán, que un muchacho de diez y seis años, vestido de secular, era sacerdote? El mismo santo lo dijo al Cardenal Francisco María Tarugi, que lo había conocido por el carácter que le vió resplandecer en la frente. ¡Oh, señal que en los bautizados todos, en los confirmados, en los ordenados, con su bella distincion en cada uno brilla y resplandece, ó para eterna honra, ó para eterna infamia!

Esta es la honra, oyentes míos, y este es el provecho inmenso que tenemos en los Sacramentos. ¿Cómo lo estimamos? ¿Cómo lo agradecemos?

Igno, Rey de los vándalos, refiere Eneas Silvio, (Eneas Silv. *cap.* 20. *eur.*) siendo él muy católico, deseaba que lo fuesen todos sus vasallos; pero aunque eran cristianos, ya todos los plebeyos, los Príncipes y señores grandes no lo eran. ¿Y qué hizo el Rey Igno? Previno un gran convite; convidó á todos los Grandes y Príncipes de su Reino, y convidó también á los mas viles y despreciados plebeyos. Llegó el día señalado, fueron viniendo los convidados; ¿pero qué lugar tendrían los pobres y abatidos cristianos á vista de tan grandes Príncipes? Yo lo diré: A la puerta del Palacio, allá en el zaguan, hizo luego prevenir unas mesas muy poco aliñadas, y allí hizo que se sentaran los Príncipes y los Grandes; hizo que solo les sirvieran un poco de pan seco y duro, una poca de carne insulsa y hedionda; y todo esto y el vino en platos y vasos de varro muy toscos. ¿Y á todo esto, los plebeyos? Esos los subió consigo el Rey, se sentó

con ellos á la mesa en un convite magnífico de regaladísimas viandas, sirviéndoles en una bajilla de oro y plata, y piedras preciosas. Levantóse al punto el sentimiento y quejas de los Príncipes y Señores. Y entónces el Rey: Yo, les dijo, hago la estimacion de las almas, no de los cuerpos; vosotros aunque Príncipes, teneis las almas villísimas por las culpas. Estos, aunque plebeyos, pero levantadas sus almas con las aguas del santo Bautismo, son á los ojos de Dios mas estimables que todos vosotros. Bastó esto para que al punto todos aquellos Príncipes se hicieran cristianos. ¡Oh, si bastara para que nosotros hiciéramos un concepto sumo de lo que gozamos en los Sacramentos, en que sentados á la mesa del Supremo Rey de los cielos, tenemos el provecho de sus infinitos regalos, y gozamos la honra suprema que nos dá en ellos con su gracia!